

JUAN SOSA SUÁREZ

HOJAS CAÍDAS...

Poemas

EDITORIAL PEÑISCOLA

Vía Augusta, 82 - BARCELONA - 6

1972

BIG
860-1
SOS
hoj



X

HOJAS CAÍDAS...



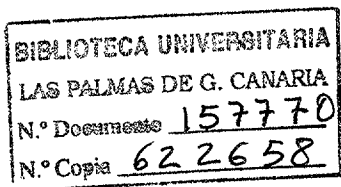
JLG 8289
(2 ejemplares)

JUAN SOSA SUÁREZ



HOJAS CAÍDAS...

Poemas



EDITORIAL PEÑISCOLA

Vía Augusta, 82 - BARCELONA - 6

1972



JUAN SOSA SUÁREZ

DEPÓSITO LEGAL, B. 40.938. — 1972

Piedras que fueron asiento

A Orlando Hernández

PIEDRAS que fueron regazo,
suspiro de enamorados.
Alcobas llenas de espejos.
Historias que enterró el viento.

Bocas que ya no conversan.
Rincones deshabitados.
Ayer risas, hoy silencio
de piedra, suspiro y labios.

Senderos por donde nadie
de lejana parte llega
a buscar flores, promesas
que ya el viento se ha llevado.

Cendales de polvo y nada.
Pétalos de ayer caídos
y olvido, olvido y olvido.

Al recuerdo de Atilano Santos

A José Quintana

Dos ánimas en el amor convergen
y ya en amor perviven para siempre.
Cuando todo ha pasado queda sólo
esa cita con Dios que es el recuerdo.

Dos hojas han caído, dos señales
de que todo comienza y todo acaba
aunque nos quede el alma suspendida
en la hebra de luz del pensamiento.

Es Otoño y el viento ha comenzado
a estremecer campanas y tocar a muerto.
El viento es una flauta triste
a veces... Otras
un órgano
que suena nombres de difuntos.

Sobre mi corazón el tiempo ha escrito
un nombre: el de Atilano.

Aquel amigo
que conocí, ha tanto tiempo,
que no cabe en la cuenta del olvido.

En esta soledad, esta distancia,
de sus pasos, sus sueños, sus asombros,
cuánto daría
por escribir sobre su nombre
ese puro poema que no pueda
borrar el viento de la muerte
y que se escribe sólo cuando se ama.

Un verso únicamente, lo más sobra:
«En el recuerdo
de un corazón que se llamó Atilano».

Resbalan sobre el pecho las hojas del Otoño

A la memoria de Juan del Río Ayala

COMO propicia hoja de un árbol señalado
volviste a la tierra, Juan del Río.
Quizá nunca supiste, tu luz quedó quebrada,
partida en mil eternas mitades, mil suspiros.

Y supo sólo Dios que tu alma ascendía,
llamada a la presencia del Dios de los perdones,
del que todo lo sabe, lo puede y lo mitiga.

Tu historia es ya lo único que al recuerdo te une,
como un hilo irrompible de romances y lluvias.
Ay, qué adornado de lunas tu bordón de poeta,
de fervores colmado tu fenecido «gánigo».

Gánigo tú, de barro y luz, roto de pronto
cuando más puro ardía el sol en la pura
ilusión de tus cosas:
tu casa nueva, algún libro inconcluso,
o una soñada torre alzada en la esperanza.

Amigo y compañero de sueños y vendimias,
despidome hasta pronto de tu luz y tu sombra.
Es hora de decir, llorándote «hasta nunca».

Resbalan sobre el pecho las hojas del Otoño.

Hombre solo

A Pedro Perdomo Acedo

CANTAR a Dios, sentarse al sol de abril
a ver morir la tarde taciturna
y a esperar a mañana,
otra mañana,
bajel de nuevas ilusiones.

Una nueva canción,
quizá una música
o una cruzada luz,
a estribor o a babor de nuestro sueño.

Cada día, cada día, es una ola
de un mar que nunca más veremos.
¿Nunca pensaste
de las fugaces olas
escribir su epítafio?

Vívete hoy, enteramente.
Vívete sin esperar los días, las noches en camino

de Argos que ensueña jubilar su esperanza,
regar su trina rosa de hombre solo.

«Humana embarcación» a la deriva.



Se asomarán al fondo de los amarillentos

SE asomarán al fondo de los amarillentos papeles que allí queden, una tarde, unos ojos que nunca conocieron mi voz, ni mis maneras, y dirán conmovidos: ¡Ah, el abuelo!...

Será abril y habrá un toque lejano de campanas un reloj sin gobierno y unas ajadas rosas sobre el arcón donde el recuerdo guarde estos presentimientos.

Ay, será en primavera y habrá una luz hermosa encendiendo la dicha, la mano de ese niño que, en el sueño parado, al reloj dando cuerda, suspirará pensando: ¡Ah, el abuelo!...

Y olvidará enseguida este vago recuerdo para volver gozoso sus ojos a la vida.

Flor seca

A Chona Madera

PASARON años y años.
El corazón ya está cerca,
sin otro gozo ni música
que regar la flor del tiempo.

Pasan y pasan rebaños
de tempranas alegrías
y postreros desengaños.

Suena el sollozo de un piano
o de un ciprés la elegía.

Y lloramos, ay, lloramos
como un niño que ha perdido
la memoria de su cielo.

Extingue su luz la última
estrella
y no queda ya camino.
Sólo Dios y una flor seca
sobre la luz de un olvido.



A Saulo Torón

(En su homenaje - Octubre de 1969)

POETA esclarecido que aún habitas
tus antiguas orillas y tus cielos lejanos
y en un arca encantada tu corazón encierras,
ámanos.

Poeta tembloroso y de tímida mano
cuando cortas la rosa o el fuego despabilas
mientras vas hilvanando pesadumbres y ayeres,
ámanos.

Poeta de aquel rojo fanal de tu morada
todavía encendido «frente al muro»
donde agavillas versos y nostalgias,
cántanos.

Con «monedas de cobre» construiste un mundo
para tus caracolas encantadas,
el amor de los tuyos y del hombre,
tesoro de tu conciencia clara.

Poeta del océano y del viento,
del rincón solitario y del sencillo cántico,
díctanos tu lección desde tu orilla
labrada por los años y los astros,
y bogaremos juntos,
sobre el purificado aguaje de tu estrofa,
del mar que canta lejos
para mecer tu corazón antiguo.

A la memoria de
José Quevedo Quevedo

AMIGOS de infortunio caminábamos
en los umbrales de los dulces años
de justicieras ansias de ideales.

Sofiábamos un mundo más humano,
hombres y tierras sin pobreza.
Remábamos la misma singladura
de una esperanza y claro sueño.

Del «puro y rojo» amor de aquel amigo
conservo un puro lienzo.
En el estero, con su hisurto pelo,
eslava blusa, su ensoñado mundo,
Gorkí el «amargo», redentor del hombre,
clavado como un Cristo de su cruz de cal pobre.

Íbamos con tristeza camino de la noche.
Pensábamos: «Cinco de marzo,
mediodía,
el sol abrasa...

¿Hacia qué parte vamos, qué nos lleva? »
Dicen que así es la vida.
Y suspiramos
de vuelta a la costumbre de estar vivos.

¡Ay, pero dónde y con qué llave
enterraremos
el llanto de ese adiós ya sin remedio!

Sillón viejo

A Pedro García Cabrera

SILLÓN que meces mis recuerdos
y alivias mis pesares, tan paciente,
contemplo tu esqueleto de madera
tan servicial y amigo.
Sé que me esperas, día y noche,
para acoger, gozoso, estos mis huesos.
Sabes que en regazo acuno el sueño
y arribar el mañana escucho paso a paso,
en tanto me refugio en la penumbra
bebiendo mi tristeza sorbo a sorbo.

Perdona si te canso, si te abrumo
o te lastimo tu dolor tan viejo.
Me siento tan feliz en este instante
en que apoyo mi cuerpo en tu silencio
(pensando en que tu lona fue una niña
que recogía flores en el bosque,
ahora desteñida, rota y triste...)
en que evoco no sé que extrañas cosas.

Viejo sillón, disculpa este tormento
a que mi pobre humanidad te obliga:
Pero tú sabes
qué de cosas en silencio hemos hablado;
por ejemplo: «Los días se van pronto;
queda sólo la luz de la esperanza...»

Lo sé; antes fuiste flor y árbol,
crecías hacía el cielo,
soñabas mariposas imposibles,
fueron quedando atrás tus primaveras
hasta que el hacha derribó tu sueño.

Pero yo sólo soy un niño,
un niño triste,
que vio crecer a Dios sobre la hierba.

Siento llegar el sueño.
Resbálame mis manos por tus brazos.
Se me va la memoria,
estoy lejos,
hoja flotando sobre un mar profundo
en esta soledad que nos convoca.



Poema

A mi prima Lucy Cabrera

(... y yo veía volar de ella las notas ardientes,
unas parecidas a pompas de oro, otras como
redondas rosas puras.

Colette)

CUANDO escucho tu voz, melancólicamente,
derramarse como una luz sobre el pentágrama
de Verdi o de Manuel de Falla,
se me va el corazón a una lejana orilla,
poblada de flores y recuerdos.

La vida no perdona y los olvidos
crecen, se agigantan como soles
al pie de unos rosales ya lejanos,
a la sombra de unas calandrias, ruiseñores
de la romanza azul de nuestras horas.

Había un mar y una promesa pura
anunciando tu voz y tu futuro.

Cuando te oigo, sí, cuando te oigo,
refugiada en ti misma, repasando

las dulces partituras — Aida, Butterfly, La Medium,
[de Menotti —,

paréceme tu voz venir de lejos,
en alas de una bella apoteosis,
cargada de nostalgia,
nuevamente incendiada como cuando
tu garganta tenía una luz nueva,
arropando tus triunfos de cantante,
cantando a la ceniza de la lluvia,
o tu «Arroró» de madre no cantado.
Y entonces se me abre el alma entera,
para soñar tus manos,
palomas de arco iris
volando sobre el piano.

Poema

A Chano Sosa

Ay, bien quisiera yacer eternamente,
los ojos bien cerrados, en cruz bajo la tierra,
el corazón sintiendo, pulsando sus latidos,
el viento susurrando sus eternos acordes.
Soñando que si vienes a posar tu amargura
sobre la fría lápida donde mi nombre
con trémolos de fechas, de cales y de olvidos,
han de caer las hojas de tus dulces pisadas
como un rocío leve sobre mi muda fosa.
Te escucharé acercarte como se escucha el viento
lastimando rosales.
Escucharé tus pasos, frágiles y menudos,
y desde el Infinito,
Dios tomará tu mano, la acercará a la mía
y dejará su beso
como nupcial anillo.

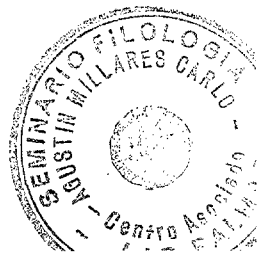
Poema

A María Cristina del Pino Segura

HUÍMOS de nosotros mismos
como el viento galopa por la estepa,
escapa el mar hacia la tierra firme,
como cae una estrella
desde lo alto de sí misma.

Caminamos a tientas,
una migaja de felicidad buscando a veces,
de dicha que no existe,
más allá del anhelo o del deseo
que nos quema como la sangre,
inapagable llama de un angustiado empeño.

Y el amor está ahí
y no lo vemos,
ni el gozo de las horas, de los sueños,
ardiendo en el umbral de los días y las noches,
cuajado rosal de antiguas rosas
en nuestra sangre palpitante.



Apretémonos el corazón y continuemos
caminando.

Dios está cerca.

Va con nosotros,

colmado de esperanza
el deseante corazón vacío.

Última esperanza

A José Rafael Hernández

AZUL, cárdeno, blanco, rojo, negro,
cinco como los dedos de mi mano,
colores con que Dios quiso pintarme
los sueños que me habitan.

Vivir, pensar, amar, llorar en verso,
recitar en voz alta amor y pena,
cortar en mi jardín la rosa leve
como Martí;

no pensar en el mañana.

Estas fueron las llamas que Dios quiso
encendieran las huellas de mi sombra.

Azul, bermejo, negro, rojo, blanco,
cinco como los dedos de mi mano,
como cinco serpientes alojadas
en lo hondo del alma.

Así fueron las llamas que Dios quiso
consumieran el polvo de mi sombra
y así serán las rosas que Dios ponga
sobre el crespón de mi esperanza última.

Espejo fugaz

A Federico Sarmiento

OLAS pasadas de largo.
Vientos dejados atrás.
Hojas del alma caídas
que jamás retoñarán.

Nuestra vida ^{es} una nube
sobre un espejo fugaz.
Sólo el alma viene, y vuelve
a Dios en la eternidad.

Otoño

A Eugenio Padorno

Las hojas del Otoño se derrumban
como empujadas por un rumbo extraño.
El alma las contempla absorta y oye
como mudas campanas.

Oh presagio
del llegadero invierno, lluvia y sombra
de amarillentas, roja turbonada
de los ríos que bajan, sangre y cisnes
que abanicán purezas imposibles.

Van y vienen los hombres, los recuerdos
a cuestras, tibias sus alas todavía
de velar el estío.

Llueve acaso
sobre lejanos camposantos, rosas secas,
alguna lápida vacía.

Y volverá otro sol, otro entusiasmo,
rosales nuevos y nuevas esperanzas,

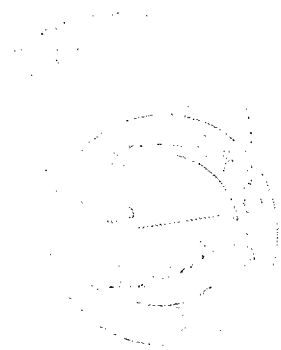
porque el hombre es así, se muere y nace
con la nueva ilusión de cada día.

Otoño, sí.

Las «hojas caen,
los pájaros se alejan...»
y vuelve Dios a encender nuestra alegría,
en pie de marcha a colocar el alma.

Sobre la antigua verja
del íntimo jardín un ave canta.

Para nuestra derrota y nuestro sueño
de nuevo entona Dios su eterno «improntu».



Obras del mismo autor

LA PRIMERA ESTRELLA (ensayo autobiográfico)	1935
LA LUZ BAJA DEL CIELO (poemas)	1951
LA ALIANZA (novela corta)	1954
CRÓNICAS Y NARRACIONES	1967
PALPADA MELODÍA (poemas)	1968
TERTULIA CANARIA (crónicas)	1970



ULPGC.Biblioteca Universitaria



622658

BIG 860-1 SOS hoj

